

Domingo XV Tiempo Ordinario (Ciclo C)

¿Y quién es mi prójimo?

En aquel tiempo, se presentó un maestro de la Ley y le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba:

— Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

Él le dijo:

— ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?

Él contestó:

— “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo”.

Él le dijo:

— Bien dicho. Haz esto y tendrás la vida.

Pero el maestro de la Ley, queriendo justificarse, preguntó a Jesús:

— ¿Y quién es mi prójimo?

Jesús dijo:

— Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo.

Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él, y, al verlo, le dio lástima, se le acercó, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo:

— Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta. ¿Cuál de estos tres parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos?

Él contestó:

— El que practicó la misericordia con él.

Díjole Jesús:

— Anda, haz tú lo mismo.

(Lc 10, 25-37)

Es frecuente que san Lucas ponga como ejemplo a personas ajenas al mundo judío. La parábola del buen samaritano es un ejemplo de ello. La ocasión es el examen al que someten a Jesús para comprobar la ortodoxia de su doctrina. El contexto es que, para el mundo judío, el concepto de prójimo era muy restringido. Estaba escrito que hay que amar al prójimo, pero no estaba claro quién es verdaderamente prójimo. Los pecadores, los paganos, los que desconocían la ley no eran considerados tales por los rabinos de la época.

La parábola del samaritano solidario explica el pensamiento de Jesús en términos muy precisos a la vez que da la vuelta a la cuestión: El rabino le pregunta: *¿quién es mi prójimo?* Y Jesús, tras la parábola, pregunta: *¿quién se comportó como prójimo del herido?* Es decir: *¿quién atendió la necesidad de aquel hombre?* Porque el problema no es quién está cerca de mí, sino al lado de quién estoy yo. Eres prójimo de todo el que necesita tu ayuda. Por eso el evangelista dice *un hombre* —no un judío o un gentil— bajaba de Jerusalén. Lo que constituye a un hombre en prójimo de otro es la conciencia del otro y el conocimiento de su problema. No se puede encerrar la proximidad entre las vallas de la raza, del sexo, del grupo social, político o religioso, de la nación o cualquier otro prejuicio. Soy prójimo de todo ser humano —de cada ser humano— que me necesita.

El sacerdote y el levita —dos personajes vinculados a la religión— dieron un rodeo, se alejaron, para no tocar a un moribundo que, según las normas establecidas, era alguien impuro. Para

ellos era más importante la observancia de las normas que la necesidad ajena. Era un sistema religioso que tergiversaba el sentido profundo de una religión que, en sus orígenes, había sido profundamente solidaria. El samaritano, por el contrario, muestra no ser un hombre muy religioso —habría hecho lo mismo que los anteriores—, pero aparece como un ser humano, es decir, con sentimientos humanos. Por eso no pasa de largo.

La parábola de Jesús es de gran actualidad hoy día y se muestra como un juicio de condenación para unos y de justificación para otros. Porque ocurre que vivimos en la aldea global, es decir, en un mundo en el que las distancias son nulas debido a los medios de comunicación y transporte. Esto, que podría significar espíritu abierto, a muchos les lleva a encerrarse en su mundo para defenderse de influencias extrañas. De ahí el auge de los nacionalismos y de los fundamentalismos. Hay quienes se pasan al extremo contrario y menosprecian lo propio seducidos por la fragancia de lo extraño. Entre ambos extremos están los que comprenden el carácter relativo de su modo de entender la vida y las cosas y se hacen permeables a otras culturas y pensamiento, sin por ello perder su identidad.

La parábola del buen samaritano —que primero se ocupa del herido y luego continúa con sus asuntos— es una propuesta de equilibrio para nuestro mundo. Ni asaltar al otro, ni ignorarlo, sino acercarse a él porque en el encuentro está el enriquecimiento mutuo.